

Clara Voghan

*A través de
mis ojos*

edición digital



VI

© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 590848

Edición digital de CCM
de distribución gratuita,
se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

IMPORTANTE:

Insertos en el texto de esta edición gratuita se reproducen algunos versos de canciones famosas, las cuales han sido transcritos al mero efecto de apoyar la acción dramática.

Los derechos de los mismos quedan reservados a sus respectivos autores.

EPILOGO

Generalmente Victoria se sentía muy a gusto con Ángel. Junto con Carolina, habían formado una especie de coalición, destinada a entender y sobrellevar las locuras de sus tres hombres, tan bellos como intensos.

La muchacha tenía la fuerza y el empuje que a la esposa de Nicolás siempre le andaba faltando; y la caridad y la compasión que a ella, Victoria, le era tan difícil encontrar en medio de sus arranques.

Sí, Ángel era linda, buena y encantadora... Pero aquel día en particular, la señora de Cohen ya tenía ganas de matarla. ¡Qué muchacha indecisa!... Quizás por eso lo había hecho esperar tanto al pobre Fernando...

Y es que, estaba bien ayudarla a elegir un peinado para su boda, que ya estaba tan cercana. Incluso podía perdonarle que las forzara a ella y a Vanina a sufrir los embates del peluquero, “para ver como se ve desde afuera”. ¡Pero que las obligara a maquillarse como novias, ya era el colmo!

Victoria miró su reloj. ¡Casi las ocho de la noche!

—Ahora elijo el vestido, ¡y listo! —anunció Ángel, al ver su cara— Aunque..., ¡hay tantos!... ¿Cuál elegirías tú, Victoria?... ¿Cuál me recomiendas? ¿Cuál sería el traje de tus sueños?

—No se trata de mis sueños, Ángel, sino de los tuyos...
¿Por qué no te pruebas este?

—¿Por qué no te lo pruebas tú?

Victoria hizo un intento de protestar, pero Vanina se le adelantó.

—Ángel tiene razón. El vestido es corto para ella, y si se lo pone, de seguro no le va a gustar. A pesar de que, modestamente, es maravilloso... Pruébate tú, Victoria... Yo no puedo por mi “pancita”

Resignada, Victoria se dirigió hacia uno de los probadores, mientras Ángel hacía lo propio con otro traje.

Claro que a la señora de Cohen le fascinaba probarse ropa... Y así, peinada y maquillada de fiesta, (y lejos de las “caricias” de Gabrielito), se veía espléndida... Pero, la verdad, era que se moría por volver a casa y echarse en brazos de Samuel. Últimamente su marido había estado muy ocupado, y ya lo estaba extrañando.

—Déjame verte, Victoria...

—¿Qué te has puesto, Ángel?! Ese vestido es hermoso, pero más parece de una dama de honor que de una novia... ¡Ni siquiera es blanco!

La joven se miró al espejo, pensativa.

—Debiera usar blanco, ¿no?

Victoria miró a Ángel de reojo. Desde hacía unos meses que se moría por preguntarle algo, pero...

—Y el vestido que llevas puesto tú... ¿Qué opinas de él, Victoria?

—¡No!... Demasiado cursi.

—¡Yo no hago vestidos cursis! —se ofendió Vanina.

—¡Por favor!... ¡Casi muero asfixiada por tantos volados!

—Pruébate este, y cállate la boca —le ordenó su hermana, enojada.

—No... —imploró Victoria— Ya estoy cansada...

—¡Entra allí y cierra el pico! —insistió Vanina.

Y por su gesto, la joven empresaria supo que debía obedecer.

—¡Y no lo manches con tu maquillaje! —gritó la diseñadora mancillada, que, para cerciorarse, entró junto con ella, seguida por Ángel.

Para sorpresa de Victoria, ambas mujeres se afanaban en ayudarla, con gran empeño.

Era obvio que Vanina quería defender su buen nombre como diseñadora, ¿pero qué le ocurría a Ángel?

—¿Por qué no te pones tú también otro vestido, Ángel?

—El que tengo puesto no me parece mal... Claro que podría ser blanco, pero...

Victoria la miró con desconfianza. Había temas que a la gente no le gustaba discutir, con la excusa de que ya se estaba en pleno siglo veintiuno, pero...

—Oye, Ángel... Sé que hay cosas que no tienen que interesarle a nadie, pero... Si quieres no me contestas, pero... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡No! —replicó la niña con resolución.

Una resolución que sorprendió a su amiga.

—Esta bien... No era nada que... —comenzó a disculparse Victoria.

Pero Ángel se echó a reír.

—No, Victoria, no.... Con Fernando todavía no nos hemos acostado.... Eso ibas a preguntarme, ¿no?

—¡Cómo que no te acostaste! —se escandalizó Vanina— ¡Semejante potro, y lo dejas sin pastura! ¡¿Quieres que se vaya con otra?!

—Si se va a ir con otra por tan poco, prefiero que lo haga ahora, y no después de que nos casemos... Y, además, tengo que confesarte que él nunca me lo pidió..., ¡aunque se nota que se muere de ganas!. Y a mi me encanta... Me encanta que no me lo haya pedido, ¡y más me encanta que se muera de ganas!... Y, por cierto, yo también me muero por él... Juntos echamos chispas.

—¡Sí que son tontos! —continuó protestando Vanina.

Pero Victoria se limitó a encontrarse con Ángel en una mirada de picardía y entendimiento.

Sí, había cosas que eran difíciles de entender para mucha gente...

¡Lástima! No sabían de lo que se estaban perdiendo...

—¿Sabes, Ángel?, conociendo a Fernando, y lo loco que está por ti, pensé que se iban a casar de inmediato.

—Primero quiso que me asentara en la carrera... ¡No sabes como me ayuda!... Es tan bueno, tan dulce, tan...

—¡Maravilloso! —exclamó Vanina con entusiasmo.

Y Ángel la fulminó con la mirada.

—No, tonta... No lo digo por tu novio, sino por mi vestido... Vamos, Victoria. Ve a la salita. Me muero por saber que tienes para criticar de este modelo.

Obediente, la señora de Cohen subió a la tarima rodeada de espejos, y enmudeció.

Ya no lamentaba tanto aquel tiempo perdido. ¡Parecía un sueño hecho realidad!... ¡Tan sólo si su Samuel hubiera podido verla!

—¿Saben? —comenzó a decir en voz baja, mientras se deleitaba con su reflejo—, no me arrepiento de la boda que tuve, porque fue hermosa... Pero a veces... A veces pienso

que me hubiera gustado ver el rostro de mi marido al verme aparecer así en ...

—¡Creí que no ibas a decirlo nunca!

Una voz varonil atronaba ahora aquel santuario de mujeres.

—¡Nicolás! —se asombró Victoria al ver la figura de su amigo, de elegantísimo traje, reflejada a su lado—. ¿Qué haces aquí?

—Señora Victoria Ferrari, en mi calidad de apoderado legal del señor Samuel Cohen, he sido expresamente instruido por él para que, en forma fehaciente, y ante testigos, le solicite a usted su mano...

Victoria no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué dices?

—Señora Victoria Ferrari, ¿le concedería usted a mi representado el honor de casarse con él?

—Pero... Pero ya estamos casados.

—En caso de aceptar, cosa que yo, como amigo, te sugiero que pienses dos veces —aclaró Nicolás entre risas, perdiendo parte de su pretendida solemnidad—. Te decía, en caso de aceptar, el señor Cohen te espera para renovar ante testigos sus votos matrimoniales, ceremonia presidida por tu cura confesor, (que quizás logre disuadirte), y el Rabino Ismael Cohen, tío abuelo de Samuel, y que les quiere dar una bendición especial.

—Tienes que ponerte de rodillas para pedírselo, Nicolás... —ordenó Vanina, por pura maldad.

—Ante una sola mujer en el mundo me pondría de rodillas, y ya lo he hecho —respondió el joven abogado, y luego, con intención, agregó— varias veces... Yo he venido como representante de Cohen, porque Victoria siempre se queja de que el muy estúpido nunca le propuso matrimonio... ¡Las tonterías románticas se las dejo a él!

—¿Samuel organizó todo esto? —preguntó Victoria, emocionada—. ¿Por eso estaba tan ocupado últimamente?

—Sí... Aunque sé que algún “angelito” le estuvo susurrando más de una cosa al oído.

Victoria miró a Ángel, y esta sonrió con picardía.

—Todo el tiempo te lamentabas de lo mismo... —se justificó la niña.

—¿Y..., Victoria? —intervino Vanina, que todavía no se había arreglado, para no arruinar la sorpresa— ¿Qué contestas?... ¿Quieres casarte con tu marido... otra vez?

* * *

A pesar de que ya estaba bien entrado el otoño, la noche era espléndida y calurosa. La luna brillaba en plenitud, dándole al jardín de los Expósito un encanto particular.

Allí, junto a las rosas que eran el desvelo de Carolina, la dueña de casa, se había improvisado un pequeño altar donde un sacerdote y un rabino aguardaban en armonía la llegada de la novia.

Frente a ellos, Carolina trataba de calmar la impaciencia de Samuel. Aquel pelirrojo intenso se veía increíble en su traje oscuro. Su aspecto era gallardo, y más parecía un caballero andante dispuesto a enfrentarse con valentía al más cruel de sus enemigos, que un novio decidido a rendirse frente al amor.

—Se te ha movido la corbata —observó la muchacha, mientras se acercaba a él para acomodársela—. Estás muy buen mozo, Samuel...

—Tú también estás hermosa, Carolina.

—No lo creo... Tu hermanita diseñó este traje de dama de honor más pensando en su figura longilínea, o en las piernas largas de Ángel, que en la figura de una pobre madre que todavía amamanta.

—No sé que pensarán las mujeres de tu traje, porque más pasan los años, y menos entiendo sus gustos, pero estoy seguro de que esta noche Nicolás tendrá mucho que agradecerle a su hermana.

Carolina enrojeció por tan inesperado piropo, y justo en ese momento sonó el celular de Samuel.

—Ya vienen —anunció parcamente, mientras tomaba a Carolina del brazo para ocupar su lugar.

—¿Tiemblas, Samuel?... No puedo creer que un hombre capaz de arrojarse sin dudar frente a un tren para salvar la vida de una desconocida, tiemble ahora por que se aproxima la mujer que ama...

—Tú no entiendes, Carolina... El día que su madre me presentó a Victoria para que la contratara, casi diez años atrás, fue la primera vez que temblé en presencia de una mujer... Ella era... Ella es... Y cuando me enamoré, estaba seguro que no había esperanzas. Por eso cada mañana me conformaba con aguardar el momento en que el trabajo nos obligara a algo de intimidad. Atesoraba cada instante en que ella me regalaba su mirada clara. Así, a la distancia... Pero un día, todavía no sé por qué, ella comenzó a tratarme distinto. No como a su jefe, sino como a un hombre... Y entonces cada vez se me hacía más difícil ocultar lo que sentía. A pesar de que era conciente de que Victoria merecía mucho más que un tipo como yo, sin pasado ni futuro... De verdad, por defenderla, traté de alejarme... Pero ella me fue a buscar, y no tuve valor para decir que no... Aún hoy, cada vez que despierto sobresaltado en medio de la noche, y la veo durmiendo a mi lado, doy gracias a Dios... Su presencia es un milagro para mí. Un milagro que no merezco.

Carolina lo miró asombrada.

—A mí me ocurre lo mismo, Samuel. Espero a que Nicolás se duerma, y lo acaricio, cuidando de no despertarlo. Todavía no entiendo como un hombre como él, pudo fijarse en mí...

—¡Tonterías!... ¡Expósito es el que no te merece!
¡Buenas te las hizo pasar, y...!

Carolina sonrió, con un gesto de entendimiento.

Y recién entonces Samuel comprendió.

—Sí... Posiblemente tienes razón. No se trata de quien merece a quien, sino de dos que han nacido para estar juntos...

La música comenzó a sonar, y todas las miradas se dirigieron hacia la verja, que se abrió para dar paso al lujoso auto importado de Nicolás.

La primera en bajarse fue Vanina, que de inmediato fue escoltada por su marido, que la estaba aguardando.

Luego apareció Ángel. Se suponía que también Fernando tenía que dirigirse hacia ella sin demora, pero, al verla con aquel vestido sensual, se había quedado allí, estático, casi como hipnotizado, comiéndosela con la mirada.

—Vamos, hijo —lo animó Ignacio.

Y recién entonces volvió a la realidad.

La tomó del brazo, y lentamente comenzaron a caminar tras el matrimonio Piñeyro, rumbo al altar.

Por último fue Nicolás el que bajó del auto, para ayudar a Victoria.

El corazón de la novia latía con fuerza, y tuvo que apoyarse en su amigo para no desfallecer.

Y si alguna vez se había atrevido a soñar con la mirada de Samuel al verla en traje de novia, aquello no fue nada más que un pálido reflejo del gesto ardiente y emocionado que le regaló su marido aquella noche.

Al llegar al altar, Nicolás entregó a la novia.

Samuel la contempló arrobado, y le susurró: —¿Todavía quieres casarte conmigo?

Y Victoria, por toda respuesta, y vulnerando todo protocolo, lo besó en la boca con tanta dulzura como pasión.

Frente al altar, también volvieron a encontrarse Carolina y Nicolás.

—Te amo... —le susurró él, por las dudas. Y es que nunca se cansaba de repetírselo.

Más atrás, últimos en la fila, Fernando contemplaba a su ángel con pasión.

—¿Cuánto falta para que nos casemos?

—Dos meses, cinco días, y veintitrés horas...

—¡¿Tanto?!... ¡Si no fuera por esa promesa!

—¿Qué promesa?

—No, nada... ¡¿Todavía faltan dos meses?!

* * *

Aquella fue, desde todo punto de vista, una celebración distinta a todas las demás. Nadie había sido invitado por compromiso. Los trajes elegantes se mezclaban con jeans y zapatillas, sin que ninguno se escandalizara. No había fotógrafos molestos, ni “wedding planners” que comandaran la diversión. La comida era sencilla, deliciosa, y sin pretensiones. Y quizás porque no había DJs especialmente entrenados para promover el baile, se bailó sin parar durante toda la noche. El amor flotaba en el aire. Por eso a nadie le extrañó que el tío de Samuel, luego de veinte años de trabajar junto a su secretaria en su sedería del barrio del Once, eligiera precisamente aquella oportunidad para declararse. O que fuera en un lugar del jardín cercano a las rosas donde Rocío Luna recibiera su primer beso de amor, (un beso cuyos pormenores fueron susurrados entre las damas presentes, que compartieron con ella esa emoción)

Para las cuatro de la mañana, Victoria y Samuel ya habían partido rumbo al lujoso hotel donde iban a revivir su noche de bodas.

Los niños de la fiesta, para quienes se había contratado animadores, dormían ahora placidamente.

Sólo el pequeño Gabriel, (¡cuándo no!), resistía, encantado. Lejos de toda vigilancia, por fin podía hacer lo que siempre le prohibían.

Los adultos estaban entretenidos. Algunos bailaban, (él ya había bailado con todas las señoras de la fiesta, que eran unas pesadas), o se besaban, (¡qué asco! ¡Los besos eran horribles! Los señores pinchaban, y las señoras siempre querían otro beso).

Librado a su suerte, el intrépido pelirrojo decidió aventurarse por tierras extrañas. Regiones de la casa de su padrino, hasta allí prohibidas,.

Gabriel se paró frente a la larga escalera de madera que llevaba a la planta alta. Pocas veces la había subido, y, por supuesto, nunca solo. ¡Pero él era muy capaz de hacerlo!

Uno a uno fue recorriendo los peldaños que lo llevarían a la cima. Una vez allí, miró hacia abajo con satisfacción.

¡Sí! Ya tenía tres años, y era, como su papá, un señor grande.

Se metió en el primer cuarto, pero, para su desilusión, no había allí nada que le resultara interesante.

Abrió la puerta del segundo, y se sobrecogió. Ahí estaba... La señora mala que cuidaba a la bebé de Caro.

Por suerte, tenía los ojos cerrados, y hacía un ruido gracioso con la boca.

El pequeño Gabriel se acercó para cerciorarse de que la dama no fuera a retarlo, como hacía siempre: “no toques a la bebé”, “ella es muy pequeña”, “no la levantes, puedes lastimarla”, “tienes las manos sucias”... ¡Él sólo quería jugar!...

Pero ahora la señora mala tenía los ojos cerrados, y no lo veía.

Con cuidado arrimó una silla hasta la cuna, y trepó por ella.

¡Allí estaba! La bebé. Y, cosa rara, no estaba llorando... ¿Qué era eso que chupaba?

¡Ah!...

Gabrielito suspiró. Aquello le recordaba épocas más felices, cuando todavía era chiquito.

Por un momento tuvo la tentación de robárselo, y darle una probada, por los viejos tiempos... Pero no, mejor no. La bebé se veía tranquila con él...

La mujer mala hizo un ruido aterrador, y el pequeño Gabriel volvió estremecerse.

Ahora que lo pensaba..., ¿quién estaba cuidando a la niña? ¿Y si aparecía uno de esos monstruos que a veces lo asustaban a él, cuando era de noche? ¿Quién iba a proteger a la pobre nena?... Caro y el padrino no estaban, y la señora mala no podía mirar con los ojos cerrados.

¿Y si pinchaba a la bebé para que llorara, así todos venían?...

No, mejor no.

La nena era linda. Tenía unas manitos chiquitas, y un pelo más corto que el suyo, (incluso después de subirse al autito, y que ese tipo le pasara una máquina por la cabeza)

Sí, linda... Muy linda.

Mejor se quedaba él a vigilarla, ¡total!...

Ya iban a tener mucho tiempo para jugar juntos, cuando fueran más grandes.

FIN

Fiesta de Jesús Misericordioso

15/04/07

Muchísimas gracias a:

Acompáname a estar solo

Arjona

A Dios le pido

Juanes

Dust in the wind

Kansas

Seminare

Serú Girán

Labios Compartidos

Maná

Todo fue un error

Coti

Tu recuerdo

Ricky Martin

y por supuesto...

Look Through My Eyes

Phil Collins

por acompañarnos a soñar...

Aviso Legal

Los derechos de los textos de estas canciones quedan reservados a sus respectivos autores a quienes rendimos nuestro cumplido homenaje.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.